

BX1426

E.9

V.2



BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

LOS

## INTERESES CATÓLICOS

EN

### AMÉRICA

#### CAPÍTULO PRIMERO

El Ecuador. — Guayaquil. — Las epidemias. — Rasgo heroico de caridad. — La peor de las plagas. — ¿Por qué la toleran los gobiernos? — Larga vacante. — Asociaciones — Seminario. — El Guayas. — Bodega. — Impresiones en Savaneta. — Los indigenas instruidos en Guaranda. — El Chimborazo. — El Cotopactzi. — Espectáculo imponente. — El Rumiñavi y sus tradiciones. — El Corpus Domini en la Tacunga. — Supersticiones groseras.

¡El Ecuador! Ved ahí uno de los nombres que tienen para los americanos mas poesia! nombre que encierra mil objetos grandes, bellos y sublimes que la mano del Criador amontonó en un país privilegiado. Allí el Chimborazo asomando su plateada cabeza sobre las mas altas cimas de los Andes; allá el Cotopactzi arrojando globos de fuego envueltos en negras nubes que suben cual elevada columna hasta perderse en el espacio; allí las risueñas selvas coronadas de flores fragantes y variadas, y allá el Guayas con toda esa hermosura encantadora y so-

lemne majestad que despliega en su carrera : ¡ cuántos motivos de admiracion, de gozo y de esperanzá no ofrecen á las almas para quienes la naturaleza no es mas que la voz sonora que canta las glorias del Altísimo ! Habia dejado atras la isla de Santa Clara y el peñon del *Amortajado* que, herido de lleno por la luz de una luna clara y resplandeciente, me parecia lo que su nombre dice, un cadáver vestido de ropas sepulcrales y colocado en el ataud. Las aguas del rio en que entramos poco despues, suaves y apacibles, arrastraban pequeñas islas flotantes y en algunas se veian pintadas avecillas que anidadas en los arbustos no abandonaron sus hijuelos cuando el impetu de la corriente arrancó del bosque aquella escasa porcion de su vasto territorio. La ciudad de Guayaquil apareció á mi vista poco despues, y en esta, como en casi todas las que bañan las aguas del Pacífico, muy pocos objetos capaces de despertar la curiosidad se ofrecen al viajero.

Cualquiera que contemple la fisonomía de algunos de esos pueblos, conocerá que léjos de tomar incremento decaen y pierden en gran parte la importancia que en otra época tuvieron. Arica, Paita, Lambayeque y Panamá nos dan motivo para juzgar así, y estamos seguros que pensarán lo mismo todos los que hayan visitado con atención los restos de esplendor pasado que todos ellos ofrecen. Guayaquil eleva sus altas torres y sus nobles edificios en medio de las espesas selvas y sobre las aguas del espacioso Guayas. Puerto principal del Estado del Ecuador y tránsito necesario para todos los artículos extranjeros de consumo que van á Quito, Imbabura y á todas las provincias interiores de la república, Guaya-

quil no progresa sin embargo como debiera atendida aquella circunstancia que tanto le favorece. Sea porque las epidemias diezman de cuando en cuando su poblacion, sea porque los movimientos políticos hacen emigrar á otros lugares á muchos de sus habitantes, ó sea por motivos que no conocemos, lo cierto es que Guayaquil no tiene el lustre que le prometieran sus riquezas y su comercio. Estas epidemias dieron lugar algunas veces á los actos mas heróicos de caridad que edificaron no solamente á sus vecinos sino á cuantos llegaron á conocerlos. El cólera morbo hacia estragos (1) y los pocos sacerdotes que habitaban entónces en el recinto de la ciudad, no bastaban ni aun para confesar á los moribundos. El obispo Garaicoa habia permanecido todo el dia cerca de estos, y cuando fatigado acababa de recogerse para descansar un momento despues de medianoche, le llaman de nuevo para socorrer á un colérico. El obispo en ese momento se sentia atacado tambien del cólera y habia hecho llamar á un facultativo para que le aplicase algun remedio. A pesar de esto, sabiendo que no habia sacerdote que auxiliara á aquel enfermo, se esforzó para vestirse y se hizo conducir por sus criados hasta su mismo lecho, donde le auxilió y suministró los consuelos de la religion. Mas un esfuerzo semejante agravó el mal del prelado hasta el extremo de desesperar los facultativos de su curacion. La Providencia salvó la vida del pastor que no rehusó morir por sus ovejas, y la caridad verdaderamente heróica del señor obispo Garaicoa añadió una nueva página muy brillante á los fastos de la Iglesia católica.

(1) Año de 1842.

Empero, otras plagas existen y se desarrollan en Guayaquil con perjuicio de los intereses mas preciosos de la república. Tales son las logias de francmasones que propagan la incredulidad, la indiferencia religiosa y á su vez tambien la insubordinacion á los magistrados y á la ley. En vano la autoridad eclesiástica ha denunciado este gravísimo mal, en vano lo ha combatido la prensa y en vano desde los bancos de la legislatura de la república ha sido interpelado el gobierno que lo tolera, porque ha visto sin conmoverse la excitacion que producía aquella verdadera epidemia y permitido tomara incremento sin aplicar las leyes que lo arrancan y lo extirpan. « Del extranjero han venido agentes para establecer entre nosotros logias francmasónicas, decia el venerable vicario capitular (1), y en efecto han establecido ya una en la cual se afilian diariamente personas engañadas con los dulces nombres de caridad, fraternidad y filantropía, para formar una secta separada de los demas católicos. En ella se comprometen y ligan todos sus miembros con los mas graves juramentos; como si no bastara ser cristiano y discípulo de Jesucristo para ejercitar la caridad y todas las virtudes evangélicas á la luz del sol, en presencia de todos los hombres, sirviendo de edificacion y de modelo á aquellos cuyos sentimientos virtuosos estuviesen adormecidos. Para ser cristiano perfecto y ejercer las obras de misericordia, nadie necesita ligarse con terribles juramentos y execraciones, ni ocultarse en las tinieblas del misterio, ni dividir la

(1) Pastoral del Dr. D. Luis de Tola, canónigo y vicario capitular, etc., á 6 de Mayo de 1857.

sociedad en dos partidos encontrados y opuestos que sostengan mutuas desconfianzas y odiosidades... No se necesita de muchos argumentos para probar que tales sociedades están reprobadas y condenadas por la Iglesia y que sus excomuniones se hallan hoy en todo su vigor. » Hemos indicado que la autoridad civil nada hizo para cortar aquel grave mal y que el poder de la Iglesia necesitó combatirlo no solo en el púlpito, sino por la prensa y por cuantos medios estuvieron á su alcance. El poder civil que se alarma é irrita cuando una autoridad pacífica y que de ninguna fuerza material dispone, tocando la conciencia hace obedecer sus leyes y respetar los principios que proclama, vió con indiferencia propagar las semillas del desorden y del malestar religioso y político en el seno de reuniones que por el mero hecho de ser secretas están condenadas por las leyes. De paso advertiremos aquí que todos los gobiernos condenaron tales logias por mas que apareciesen disfrazadas con diferentes nombres, como francmasones, iluminados, carbonarios, yorkinos, escoceses y otros (1), y que por consiguiente tanto mas extraña parece la conducta de la autoridad que, llamada por su ministerio á prevenir los males que temieron aquellos, disimula su causa y la fomenta si se quiere. En una época en que los hombres públicos que se encuentran animados de sentimientos patrióticos buscan con ansia el medio de apagar el cráter que sin cesar produce movimientos y trastornos en todas las repúblicas hispano-américanas, intencionalmente que-

(1) Nota nº 1 (a).

remos repetir las sentidas palabras que un príncipe de la Iglesia católica dirigia á los gobiernos cristianos á propósito de tales sociedades. Despues de recordarles las solemnes condenaciones con que sus antecesores las anatematizaron : « ¡ Ojalá, dice, que los que tenian en sus manos el poder hubiesen sabido apreciar estos decretos tanto como lo exigia el bien de la religion y del Estado ! ¡ Ojalá hubieran estado convencidos de que los pontífices romanos, sucesores de San Pedro, no solo son los pastores y jefes de la Iglesia católica, sino tambien los mas firmes apoyos de los gobiernos y los centinelas mas vigilantes para descubrir los peligros de la sociedad ! ¡ Ojalá hubiesen empleado su poder en combatir y destruir las sectas cuya perfidia les habia manifestado la Santa Sede ! ... No debe creerse que atribuimos falsamente y por calumnia á las sociedades secretas los grandes males que hemos enumerado y otros de que no hablamos, cuando las obras que han publicado sus miembros sobre religion y sobre política, su desprecio á la autoridad, su odio á la soberanía, sus ataques contra la divinidad de Jesucristo y hasta contra la existencia de Dios, el materialismo que profesan sus códigos y sus estatutos que son la genuina muestra de sus proyectos, todo esto manifiesta bien á las claras sus intentos de destronar á los príncipes legítimos y de destruir los fundamentos de la Iglesia (1). »

Una larga vacante, durante la cual la Iglesia de Guayaquil ha arrastrado vestiduras de duelo y de viudez, ha hecho mas intensos aquellos males y mas pernicio-

(1) Encíclica de Su Santidad N. Ssmo. P. Leon XII, 3 de Marzo de 1825

sas todavía sus consecuencias. Mas de una vez la autoridad de los vicarios capitulares ha sufrido coacciones de los magistrados civiles y mas de una vez han oido estos de boca de aquellos : « tenemos leyes superiores á nuestra voluntad que nos impiden proceder de la manera que quereis. » Empero, la injusta depresion que inferia á la Iglesia aquel proceder hizo conocer á los buenos católicos la urgente necesidad de reunirse para combinar la defensa de los principios religiosos y sociales amenazados por las logias. La sociedad de San Vicente de Paul, promovida por el celoso gobernador eclesiástico de Guayaquil D. Luis de Tola, fué la primer señal que inició el saludable movimiento. Su objeto primero es reunir á los sacerdotes para que, marchando uniformes en la penosa tarea de contrastar el mal, el buen resultado sea mas seguro y sus consecuencias sean tambien mas provechosas y duraderas. Miétras tanto, otro eclesiástico á quien en diferentes ocasiones la nacion señaló como candidato digno de los primeros puestos de la Iglesia, con abnegacion y constancia ejemplar se encargaba de la direccion del colegio seminario y desempeñaba á la vez en él los cargos de maestro y director de los jóvenes estudiantes. En un siglo egoísta en que todos evitan cuidadosamente el sacrificio de su individuo aun cuando haya de producir grandes ventajas á los demas, la abnegacion del doctor Aguirre nos pareció tanto mas recomendable y digna del sacerdote católico. El colegio seminario contaba cerca de cincuenta alumnos y gozaba de crédito bien merecido por la enseñanza esmerada que en él recibian los jóvenes educandos.

Navegando el Guayas hácia el interior del Ecuador, ofrece por todas partes el espectáculo grandioso de espesos bosques, poblados por infinitos cuadrúpedos, reptiles, anfibios y aves de diferentes calidades. El negro se acostumbra á trabajar en los bosques, y luchando con los animales feroces, desmonta la selva que les sirve de guarida y prepara el terreno para las sementeras de tabaco y de cacao que producen á sus amos ingentes utilidades. Ese hombre encuentra cada dia sin inquietarse mil peligros que amenazan su vida; las viboras venenosas que hormigean en aquellos montes donde jamas penetra el ser racional; los caimanes hambrientos que acechan un momento favorable para embestirle y devorarle; el tigre feroz que con sus bramidos conmueve la selva é infunde pavor á quien no está habituado á oirle, ved ahí algunos: mas él, sin hacer caso de nada, y sin nada atender sino á su faena, luchará con el cocodrilo cuerpo á cuerpo en medio de las aguas, procurará hincar su puñal en el corazon del tigre y perseguirá á las viboras ponzoñosas hasta darles la muerte cada vez que le acometieren. No pocos de estos hombres mueren víctimas de su arrojo, y algunos he visto estropeados en esos combates desiguales que sostuvieron con las fieras. Un dia y una noche navegué por el Guayas hasta llegar al pueblo de Bodega, cuyas calles se transitaban en pequeños botes por encontrarse inundadas por el rio. Muchos meses en el año permanecen de la misma manera, y tantas aguas como quedan detenidas en los pozos y en los terrenos bajos infectan el aire y hacen malsana la poblacion.

No olvidaré la impresion que recibí en Savaneta, lugar

distante pocas leguas de Bodega, contemplando uno de esos cuadros que de cuando en cuando ofrece la naturaleza en su estado salvaje. Me habia bajado apénas del caballo, cuando un negro me pidió fuese con él para confesar á su mujer enferma en un lugar poco apartado. Fui en efecto, y encontrándola sumamente agravada, le prometí volver á la mañana siguiente y traerle la santa Eucaristia. Mas de cien negros estaban reunidos cuando aun era de noche en rededor de mi alojamiento; este era en un alto construido sobre maderos clavados en la tierra y al que se ascendia por una escala de cuerdas que se bajaba ó subia segun era necesario. Los concurrentes asistieron á la misa con gran recogimiento, y reunidos marchamos llevando á la enferma el santo viático. Aun no asomaba el crepúsculo, ninguna luz aparecia fuera de la escasa de las candelas que precedian al sacramento. Los negros rezaban el rosario, miéntras que yo en alta voz repetia el *Benedicite omnia opera Domini Domino: laudate et superexaltate eum in sæcula*, y toda la naturaleza me parecia responder al llamamiento que le hacia el ministro de Dios para alabar al Criador. El viento movia suavemente las hojas de los árboles: los cocodrilos atravesaban las dulces corrientes del rio, alejándose de las riberas por donde nosotros marchábamos: en el fondo del bosque bramaban los tigres, y los aullidos de los lobos resonaban en nuestras inmediaciones. El crepúsculo asomó cuando llegábamos á la choza del enfermo, y la naturaleza toda parecia animarse y conmovirse para tributar homenajes á su autor. ¡Cuántas dulces expansiones experimenta en casos semejantes el corazon animado por la fe!

En Guaranda un párroco celoso me ofreció un espectáculo conmovedor. Era domingo de la Trinidad y yo le vi rodeado de sus feligreses enseñándoles las verdades de la religion, esas máximas que producen en el hombre la verdadera salud. Despues de haber predicado á todos el Evangelio en la misa parroquial, enseñaba á los mas rudos é ignorantes por separado, dejando para la tarde la doctrina de los niños. Oí á estos cantar el trisagio, y sus voces, dulces como la de un ángel, unidas á la armonía del órgano, inundaban mi alma en gozos inefables. No me imaginaba que un pueblo tan pobre tuviese una parroquia tan bien servida, y lo que observé en Guaranda y he observado tambien en otros pueblos pequeños y pobres de América, me han convencido de que al buen párroco le sobran recursos en todas partes para trabajar en bien de sus feligreses.

La enorme mole del Chimborazo, cubierta de nieve, no ofrece al viajero que la contempla de cerca el panorama que presenta á quien la ve desde léjos; entónces su elevacion puede percibirse bien, porque se le contempla desde una superficie baja. Desde las alturas de aquel se divisan á distancia el Cotopactzi y el Rumiñavi; el primero arroja incesantemente globos de fuego envueltos en una gruesa columna de negro humo, sus inmediaciones están llenas de lava y las cenizas que esparce de cuando en cuando cubren los pueblos, los ganados y los sembrados de su vecindad. En el Rumiñavi creen los indígenas estar ocultos los tesoros de Atahualpa. En las diversas erupciones hechas por estos grandes volcanes han sido arruinadas muchas poblaciones cuyos vestigios no es difi-

cil conocer hoy mismo. En las cercanias del Chimborazo se encuentra un *tambo* ó alojamiento para los viajeros, y á él fuimos nosotros con el objeto de reparar la fatiga de nueve horas de marcha. Mas nada encontramos en aquel lugar; ni vivientes ni recurso de ningun género para nosotros ni para nuestras bestias.

Quando me acercaba á la «Tacunga,» poblacion considerable, notaba en las aldeas y en las campiñas mucho movimiento. Por todas partes encontraba procesiones de indios, precedidas de tambores y cohetes, que se dirigian á la ciudad: en esta se celebraba al dia siguiente el *Corpus Domini*, y los pueblos del vecindario iban de aquella manera á tomar parte en el regocijo y á contribuir á la solemnidad. Con este motivo muchos de los indígenas se disfrazan, quien de ángel, quien de demonio y quien de gigante ó de turco, y de este modo saltan y danzan por las calles y los caminos, y especialmente en los atrios de los templos y delante de las procesiones. Los indígenas conservan á este respecto algunas supersticiones groseras. Cantan, heben y se entregan á otros excesos punibles; mas viven persuadidos de que en ese caso nada de esto es delito, pues va dirigido á solemnizar una fiesta religiosa. Deber es de los párrocos á cuyo cuidado están confiados esos individuos ilustrar y ennoblecer sus sentimientos religiosos con los medios que presenta la religion misma.

